

*LA LINEA DE LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA
DESPUES DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL*

En estos momentos, en que tan reciente está la muerte del general Mac Arthur, héroe norteamericano de la campaña en Extremo Oriente durante la pasada Gran Guerra y víctima de la política de contención, instaurada a prisa por Truman, para limitar la desmedida ambición soviética, a la que no se le supo poner freno en Yalta y Postdam, parece interesante meditar sobre la línea seguida por la política americana hasta nuestros días, aunque algunos pensarán que mejor sería decir, al modo análogo a las geometrías no euclidianas, sobre la no línea o sobre el haz. Como es natural, dado el rango de los Estados Unidos de primer actor en la escena mundial, vamos a situarla sobre el marco de una concepción política y estratégica de carácter global.

Todavía en la actualidad, a pesar de los muchos contratiempos sufridos en el acontecer de las relaciones internacionales, no ha conseguido dicha nación librarse de esa tendencia al aislacionismo que tan característica ha sido en la masa de su pueblo desde el mismo momento de su independencia. Parece como si la consigna dejada por Washington en su mensaje de despedida al retirarse como presidente en 1796, hubiera sido grabada en el alma norteamericana con trazos indelebles. Ese mensaje decía:

“Nuestra gran norma de conducta con respecto a las naciones extranjeras es tener con ellas la menor conexión política posible. Europa tiene un conjunto de intereses primarios sin ninguna o muy remota relación con nosotros. Hasta ahora se ha visto empeñada en frecuentes disputas cuyas causas son esencialmente extrañas a nuestro interés. Por consiguiente, sería poco acertado de nuestra parte ligarnos por lazos artificiales...”

Desde entonces, en que los Estados Unidos tenían por principal tarea la de fortalecerse y formarse, dejando a un lado toda aventura exterior que podía distraerles de este objetivo supremo en beneficio quizá de intereses de otras

potencias, hasta ahora, en que no pueden fiar a la anchura de los océanos ni a la debilidad de las naciones al norte y sur de sus fronteras terrestres esa seguridad que les dejó las manos libres para crear una potente y próspera sociedad industrial, han pasado muchas cosas en el mundo. Entre ellas, dos terribles guerras, a cuya participación no pudieron sustraerse.

Por los caminos del mar, más que por los de la tierra, los pueblos han tendido a llevar su influencia hasta los últimos confines del mundo, de un modo más efectivo conforme el progreso técnico avanzaba, y por eso no es extraño que un marino fuera, en una nación con fachada a dos grandes mares, el que iniciara a finales del siglo pasado unos estudios que marcarían la pauta de las grandes direcciones políticas mundiales y darían a sus políticos una nueva visión—la *Visión amplia*, como la llama Walt Rostow—que les indujo a tomar contacto con los problemas mundiales, aunque, ciertamente, de un modo bastante restringido.

En la concepción de Mahan entra por primera vez la idea de la repartición del mundo por zonas y centros de poder, echando las bases de una estrategia global. Resumida, es como sigue:

La clave del dominio del mundo radica en la masa de tierra que constituye Eurasia, siendo un factor decisivo para su control la posesión de los accesos marítimos a la misma y un poder naval con posibilidad de conseguir el dominio total en el mar. Esto exige la creación de una fuerza naval capaz de derrotar a cualquier concentración de fuerzas opuestas, la cual ha de disponer de: una flota de guerra adecuada, otra mercante apta para los aprovisionamientos ultramarinos, bases exteriores y determinados territorios cuya amistad esté asegurada en tiempo de crisis. Como deducción final se establecía que una potencia naval debería estar preparada para desarrollar un imperio basado en el comercio exterior y en la navegación comercial, y que los Estados Unidos se encontraban en un momento de su historia y de sus relaciones con la geografía mundial, en el cual era urgente su desarrollo pleno como potencia naval.

La aceptación de la guerra con España por parte del pueblo americano, la construcción del Canal de Panamá, la retención de las Filipinas y la creación de una armada potente, fueron la consecuencia de las ideas de Mahan, poco, todavía, para el papel de grande en los asuntos mundiales, que Mahan soñaba para su patria. Ni siquiera la primera Gran Guerra mundial rompió la tendencia aislacionista de los Estados Unidos, habiendo tras ella grandes sectores del país que se resistieron a aceptar los sacrificios que la entrada

de lleno en los asuntos de la política mundial suponían, y que durmieron el sueño dorado de la gran prosperidad de los años 20. Fué necesaria la gran crisis que se desarrolló en los 30, para demostrarles que el encerrarse en los negocios brillantes suponía un gran peligro, pues pueblos con ideales de sacrificio y decisión sin límite estaban dispuestos a llevar a la práctica las ideas de otro geopolítico continuador de Mahan y apoderarse del dominio de Eurasia. Esos pueblos eran Alemania y Rusia, que, además, contaban con una mística de tipo político inculcada con un acertado empleo del arma psicológica dirigida a sus nacionales y a los de fuera, con base en el nacional-socialismo y en el comunismo.

Aunque muy conocidas, no está de más que resumamos las ideas de Mackinder y de Spykman, que dirigieron las tendencias políticas en materia exterior del Eje el primero y de los aliados el segundo.



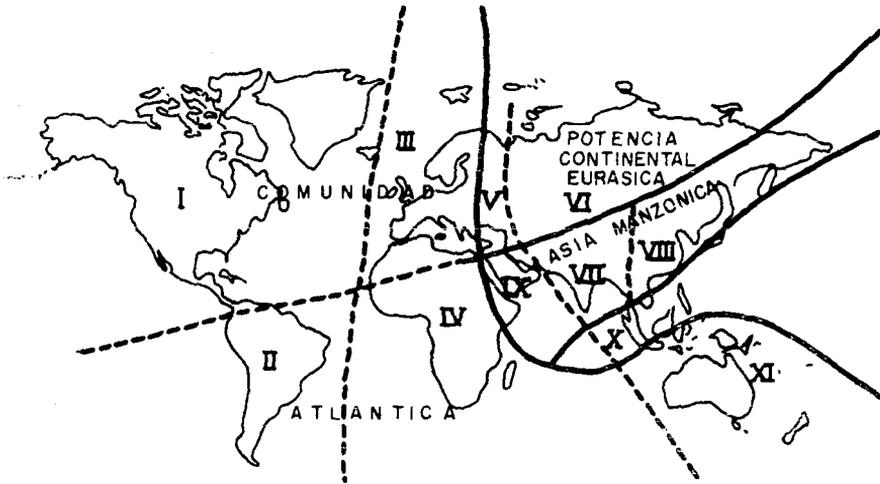
Para Mackinder, el poder mundial caería en manos de la potencia que lograra establecer un poder sólido en la zona continental comprendida entre el Elba, el Lena y el Himalaya, a la que bautizó con el nombre de Tierra Corazón en el sentido de corazón del mundo. Para el segundo, el poder sería de quien dominara el cinturón exterior a dicha zona, constituido por las naciones marítimas situadas en las rutas de esta clase más importantes del globo, y al que llamó "Rimland", es decir Tierra Orilla, Tierra Borde o Tierra

Periférica, que de las tres maneras se ha traducido. Los dos se basaban en consideraciones de concentraciones de población y recursos, añadiendo el primero el ingrediente estratégico de la impenetrabilidad o imposibilidad de conquistar la zona y la primacía del transporte terrestre. El segundo, como buen continuador de Mahan, daba esa primacía al poder naval. El fracaso de las campañas de Napoleón y Hitler pareció dar la razón al primero, haciéndose más grave el caso al conseguir la U. R. S. S. el total dominio de ese espacio, incluido su puerta de entrada, es decir, la Europa Oriental, y estar animada de una política dinámica y expansiva, en todas las direcciones de la rosa de los vientos, que, según la teoría de Mackinder, conduciría indefectiblemente al dominio de todo el continente eurásico, primero, y a continuación del africano, redondeando lo que llamaba Isla Mundial. Esta presión, manifestada con gran empuje después de la segunda guerra mundial y favorecida por el increíble abandono demostrado por Roosevelt en Yalta, y la poca decisión de Truman al hacerse cargo de la presidencia por muerte del anterior, llevaron a éste a instaurar una política defensiva que frenara aquella expansión, la cual se simbolizó en una doctrina que señala la primera fase de la contraofensiva americana en la postguerra, llamada en su honor: Doctrina Truman, y también *política de contención* de Kennan, por ser éste quien la formuló. Consecuencia de ella fué la Ley de Ayuda a Turquía y Grecia, el Plan Marshall y el tejido de una red de alianzas orientadas principalmente a contener el avance en Europa Occidental, pero que se encontró con la prueba de Corea y con la pérdida de una parte importante del *Rimland* de Spykman: la China continental. El Plan Marshall sirvió también para bloquear cualquier intento de Europa comerciar con la U. R. S. S., creando un mercado grande ligado a los Estados Unidos y retrasando el fortalecimiento de la última al obligarla a desarrollarse de un modo autárquico. Pero el ansia de desmovilización tras la guerra era grande y lo mismo el deseo de proseguir a ritmo elevado la expansión comercial; por su parte, Europa se encontraba dedicada a la tarea de reconstruirse y sólo Rusia mantuvo una potente fuerza convencional que le ayudó a digerir unas conquistas procedentes de las debilidades en Yalta y Postdam y de la táctica que el comunista húngaro Rakosi llamó "táctica del sálichón", tan conocida de todos. Frente a esa poderosa fuerza convencional rusa, sólo una débil cobertura terrestre se estableció en Europa, con la misión única de dar tiempo a la entrada en acción del S. A. C. (Mando Aéreo Estratégico) con bombas atómicas si era preciso, momento difícil de determinar ante la citada "táctica

del salchichón”, que sólo utilizaba movimientos de resistencia interiores, guerras no convencionales, tipo guerrilla o guerras limitadas convencionales, al estilo de la de Corea. Esto trajo el convencimiento de que era necesario que los países de toda la tierra periférica en contacto con el comunismo desarrollaran fuerzas suficientes para contener al enemigo en estas clases de guerra, mientras los Estados Unidos tomaban el papel de disuasor nuclear, en caso de excesivo empeño de los comunistas en avanzar fuera de la línea que la política de contención había señalado. Esta política entró en vigor con el general Eisenhower y se la conoce con el nombre de *Represalia masiva*, y su autor fué el secretario de Estado, Foster Dulles. Esta política, desde el mismo momento en que Eisenhower se la expuso al almirante Radford, presidente de la Junta de Jefes de E. M., encontró oposición, y de hecho los Estados Unidos mantuvieron una reserva estratégica móvil, que tuvo más importancia en tierra al ser nombrado el general Maxwell Taylor jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Tierra. En los medios militares europeos, fué un verdadero clamor el que levantó dicha política, y ante el avance de los soviéticos en armas nucleares, proyectiles dirigidos y satélites espaciales, el prestigio de los Estados Unidos sufrió bastante en el mundo, y con él el de Eisenhower y los republicanos, que dieron paso a los demócratas en la Presidencia de la nación, con un hombre joven, lleno de ideas y rodeado de un equipo de brillantes especialistas en diversos campos de la ciencia y de la técnica, que iba a devolver a los Estados Unidos mucha parte del prestigio perdido. Pero antes de hablar de la estrategia política de Kennedy, voy a esbozar el cambio que habían sufrido las ideas geopolíticas desde los tiempos de la segunda guerra mundial, es decir, desde los de Mackinder en sus últimos escritos, y Spykman, que antes hemos expuesto, y que sirvieron de soporte a la política de contención de un modo un tanto rígido.

Son muchas las divisiones geoestratégicas de la tierra que se han lanzado, unas por hombres de visión terrestre, al estilo de Mackinder; otras, marítima, como Mahan y Spykman, y otras aérea, dando preponderancia a la zona nordpolar atlántica con centro en el Polo Norte, como Seversky, pero las que se van imponiendo tienden a dar la importancia que tienen a dos zonas que antes no se consideraron con tanto énfasis: el Mar Atlántico Norte y el Asia monzónica, tendiendo asimismo a no considerar la totalidad de la Tierra periférica con el mismo grado de importancia. En este caso habría tres grandes regiones geoestratégicas: la del Atlántico, con todas las tierras a sus orillas; la gran potencia continental eurásica, y el Asia monzónica.

Todas las demás tierras situadas entre ellas, es decir Oriente Medio y Sudeste asiático, son zonas de amortiguamiento y fricción entre las anteriores. El criterio para definir estas regiones se basa principalmente en considera-



REGIONES GEOESTRATEGICAS	REGIONES GEOPOLITICAS
Mundo marítimo	{ I. América del Norte y Caribe. II. América del Sur y Antártida. III. Europa Occidental y Magreb. IV. África al Sur del Sahara. XI. Oceanía.
Potencia continental	{ V. Europa Oriental. VI. U. R. S. S.
Asia Monzónica	{ VII. India. VIII. China.
Zonas de amortiguamiento ...	{ IX. Oriente Medio. X. Sudeste asiático.

ciones sobre el sistema de comunicaciones fundamental que une sus partes, en relación con el comercio, a los que en la actualidad hay que añadir otras de tipo político e ideológico.

Este concepto va a presidir la estrategia política del presidente Kennedy: no sujeción de un modo rígido a la política de contención en toda la exten-

sión de la Tierra periférica de Spykman; el caso de China ha demostrado que no ha sido mortal su pérdida para la pujanza de Occidente, incluso ha abierto una brecha en el que se suponía monolítico bloque comunista y ha traído una aproximación de Rusia a Norteamérica, expresada en el tratado de prohibición de pruebas nucleares y en la venta de trigo, que ha puesto de relieve el fracaso de la política agrícola rusa bajo el signo del control del Estado. Hay que discriminar las partes de esa Tierra periférica a las que debe asegurar el mundo libre su apoyo, a un a riesgo de guerra total, aquellas a las que se debe apoyar incluso con una guerra limitada otras con ayuda militar o asesoramiento contra la guerra subversiva, y otras sólo con ayuda militar o diplomática indirecta. Para esto se necesitan fuerzas potentes convencionales, armas nucleares, fuerzas especializadas en la guerra subversiva y de guerrillas, así como personal especializado en el campo de las operaciones psicológicas. Es decir, la respuesta a los comunistas en todos los terrenos en que aquéllos planteen su acción, y en la zona geográfica donde verdaderamente interese, y con los medios más adecuados. A este tipo de estrategia política se le ha conocido con el nombre de *Respuesta calculada* y tuvo su expresión en el caso de Cuba, donde se hizo ver claramente a los soviets que en casos como ése podrían los Estados Unidos tomar la iniciativa de lanzar sus proyectiles nucleares si llegaba el caso, y en el de Viet-Nam, centro de experimentación de la guerra de guerrillas y psicológica. El reto de Jrushev expresado en el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética, dado a conocer en el XXII Congreso del citado Partido, en octubre de 1961, hizo delimitar de un modo más claro una parte de la concepción de Kennedy respecto a la acción de su patria en relación con la división geoestratégica del mundo mencionada. En el citado documento se exhorta a construir la sociedad comunista por toda la comunidad de pueblos libres y soberanos unidos por intereses y fines comunes dentro del campo del socialismo, y se anuncia que en 1970 la U. R. S. S. superará la producción industrial de los Estados Unidos y en 1980 la habrá dejado muy atrás. Asimismo en ese documento que sustituía al Programa de 1919 que implantó Lenin, causa aparente de la oposición china, hace un llamamiento a la "joven clase trabajadora de Africa, Asia e Hispanoamérica que ha entrado en la lucha mundial contra la clase dirigente de los burgueses, y que a pesar de haber arrojado las cadenas del colonialismo dependen aún de monopolios extranjeros".

No voy a extenderme en más detalles por ser un documento muy cono-

cido y porque dedicaré otro trabajo a la política soviética de los últimos años, en donde habrá ocasión de hablar de él más detenidamente.

Es decir, que a través de una competición económica, el comunismo aspira a arrancar trozos del mundo marítimo, cada vez mayores, principalmente entre los pertenecientes a esa concepción socialista intermedia entre el capitalismo y el comunismo, que se llama neutralista, y sobre todo hacer que la influencia del primero se haga la mínimo posible en las zonas de amortiguamiento y fricción de Alemania, Oriente Medio y Sudeste asiático.

La contestación de Norteamérica, duradera a largo plazo, a ese reto fué lo que Kennedy designó con el nombre de Gran Proyecto, unión más estrecha del mundo marítimo, que comenzaría por la de Europa Occidental y Norteamérica, es decir, las que componen la Alianza del Atlántico Norte, en una unidad más estrecha denominada Comunidad Atlántica. Kennedy lo proclamó el 4 de julio de 1962, es decir, pocos meses después de la exposición de Jruschev en el citado Congreso siendo Rostow el que desarrolló la idea, incluyendo el concepto de unión de toda la región correspondiente al mundo marítimo, cuando después dijo:

“La naturaleza de la tecnología militar y de la capacidad nuclear comunista impone que la Comunidad Atlántica sea aproximadamente la unidad más pequeña capaz de organizar una defensa nacional y efectiva de Europa. El programa de organizar una comunidad de naciones independientes que incluya tanto a las naciones avanzadas de la parte norte del mundo libre, como a las naciones en rápido avance de Asia, Oriente Medio, Africa e Iberoamérica, exige igualmente que trabajemos de acuerdo a través del Atlántico. Los problemas que tenemos planteados por las negociaciones con Moscú encaminadas al control de las armas atómicas afectan los intereses vitales de todas las naciones de la Comunidad Atlántica, lo que exige resoluciones dentro de esta familia, y también lo exige en último término el problema de la China comunista, su actual postura agresiva y su futura, futura especialmente cuando logre una capacidad nuclear.”

La creación de esta comunidad que arrastraría a Africa y Sudamérica, creando un gran conjunto de 1.000 millones de seres humanos, unidos por estrechos intereses económicos y culturales, compensaría todos los esfuerzos unificadores que pretendieran realizar las potencias comunistas. Es por ello lógico que se haya convertido en el objetivo político, económico, militar y psicológico número uno de los Estados Unidos, desarrollando operaciones en los campos expresados de una manera sistemática y continuada, particular-

mente en el último. Libros, artículos y discursos nos martillean sin cesar con ese tema. Tengo a mi alcance dos revistas: la titulada *Informations et documents* y la que lleva por nombre *Atlántico*, el cual por sí sólo ya es una insinuación bastante significativa. En la primera, correspondiente al 15 de mayo del presente año, aparece un artículo del embajador que dirige la Delegación norteamericana que negocia en Ginebra la reducción de los derechos de aduanas, negociaciones conocidas corrientemente con el nombre de "Kennedy round", que termina con las siguientes palabras:

"Nosotros tenemos, sin duda, muchos problemas que resolver. La tarea, desde luego, incumbe a todos los países miembros del G. A. T. T., pero me parece que los Estados Unidos y el Mercado Común tenemos una responsabilidad particular. Somos, en la cuestión del comercio exterior, los países más importantes y los más comprometidos. Damos el tono y creamos el clima, y si no avanzamos de acuerdo, no seremos los únicos en retroceder. Es ahí donde reside nuestra responsabilidad común: la de realizar al mismo tiempo que la Comunidad Económica Europea, las promesas de la Comunidad Atlántica."

La segunda, correspondiente al mes de abril, también de este año, comienza abriendo el fuego por el subtítulo: "Europa y América: ¿Hacia una cooperación atlántica?". Luego, tres artículos sirven a este objetivo psicológico de gran alcance, de los que dos son parte de sendos libros sobre el tema. En todos se hace hincapié en esta cuestión, pero particularmente dos de ellos llevan hasta el mismo título: *La Comunidad Atlántica: su significado y Perspectivas de la Comunidad Atlántica*; el último de los cuales es una selección de fragmentos del libro *Hacia una Comunidad Atlántica*, del ex secretario de Estado Christian Herter, recientemente traducido a nuestro idioma.

Esta estrategia sirve de medio a un fin idealista que aspira a ganar la guerra al hambre, la pobreza y la enfermedad. Una guerra—en palabras de Walt Rostow—en que al final no habrá vencedores ni vencidos. Una guerra por la elevación moral y material del mundo entero, acompañada de una mayor libertad al mismo, con nuevas naciones, verdaderamente independientes, estructuradas dentro de su propia cultura. El conjunto que formen estas naciones se desea sea fuerte y capaz de asumir colectivamente la defensa de la paz y eliminar la subversión de toda la faz del globo.

Muy idealista todo y desarrollado por un brillante equipo de *policymakers*, pero no convenció al general De Gaulle o por lo menos no hizo que otorgara

su confianza a dichos proyectos, sino que, por el contrario, encrespaban su fuerte individualidad europea y sobre todo francesa, que se resiste a ir a remolque de los grandes mundiales, por grandes que sean, y mucho menos si desconfía que puedan ponerse de acuerdo entre sí a espaldas y a expensas de incluso aliados suyos. En consecuencia, rechazó la entrada de Inglaterra en el Mercado Común paso previo para la realización del Gran Proyecto del fallecido presidente americano, rechazó también el papel de éste de único encargado de manejar el arma nuclear cuando lo creyera oportuno; se negó a firmar el tratado de prohibición de pruebas nucleares y propuso la neutralización de la totalidad del Viet-Nam. Esto produjo gran contrariedad a Kennedy y a su equipo, y cuando aún no había tomado una contramedida, sobrevino su inesperado asesinato. El golpe psicológico y el desconcierto fué de primer orden, como no podía por menos de suceder, y aunque otra cosa se haya querido hacer ver, por eso Johnson volvió su atención al interior, que era lo más fácil, y en lo exterior dejó que las cosas siguieran su curso, esperando las elecciones. La delicada situación de la U. R. S. S. en el aspecto económico, volcado su esfuerzo en la producción con vistas a su fortalecimiento militar, con detrimento de otros sectores, y en el de sus relaciones con China por diferencias ideológicas y escasa ayuda a esta nación, ha hecho que Jrushev, en vez de aprovecharse de dicha situación, se dedique a suavizar sus relaciones con los mismos a los que no hace mucho prometía enterrar. El también necesita ayuda urgente exterior para satisfacer las crecientes demandas de un pueblo que desea de una vez disfrutar de automóviles y neveras, como cualquier burgués de Occidente, en vez de tanto "Sputnik", y sobre todo para darles algo más simple y vital: pan. La acción a seguir no es clara para los Estados Unidos. La actitud china, dirigida a erigirse en cabeza de los proletarios del mundo, que son los países subdesarrollados; la del general De Gaulle, aspirante a hacer de Europa, unida a Africa, una tercera fuerza siguiendo una vía en cierto modo no alineada de la de los dos bloques y, por lo tanto, fuera de la proyectada comunidad atlántica, y las justas exigencias de sus vecinos hispanoamericanos, hacen que se multipliquen las tendencias propuestas por diversos sectores de la política norteamericana. Desde la de Goldwater, que cree deben explotarse a fondo las diferencias comunistas—en cierto modo muy lógicamente, ya que si ese ha sido un objetivo fundamental de la política occidental: el lograr su división, ahora está maduro—, hasta la que no ha mucho se ha divulgado con gran lujo de publicidad, expresada por el senador Fulbright. En la voz de-

éste se encuentran ecos de pasadas tendencias aislacionistas y de la del hombre de negocios pacifista—porque aquí no se trata de proporcionar bienes de consumo a la población, como en la U. R. S. S., aunque se hable tanto de esa quinta parte pobre—, al que le pesa dedicar tanto dinero a gastos militares. Al decir “hay que reconocer la realidad de la Rusia actual y la de China y la de Cuba”, no se trata sólo de dar un toque de realismo a la escena política norteamericana, sino gritar: “Comercemos con Rusia y con China y con Cuba”. Dejemos la guerra fría y empleemos los gastos que ocasiona en obras para mejorar el nivel de vida y cultura de los pueblos. Pacifiquemos el Viet-Nam, aunque sea a costa de neutralizarlo. Cosas que, además, ya han sido proclamadas por su aliado europeo: el general De Gaulle. Son ideas que pueden aceptarse, pero requieren la contrapartida sincera de las naciones nombradas. Hay otra tendencia intermedia que parece ser la predominante entre moderados, tanto demócratas como republicanos, y que quizá se imponga como la estrategia política a seguir, que consiste en inducir a Rusia a colaborar con Occidente, y digo Occidente porque ni Alemania ni Inglaterra, como potencias europeas más fuertes, parecen mostrarse muy de acuerdo con la política exterior del general De Gaulle. Esa colaboración se basaría en explotar el temor ruso a la demografía amarilla, con fuerza expansiva hacia el norte y hacia el sur, buscando la colaboración de la India, en primer lugar, y luego Japón, Indonesia, Thailandia y Viet-Nam, es decir, la periferia del Asia monzónica. La base psicológica de esa colaboración se encontraría en la postura antipática del dogmatismo chino hacia los sucesores en el poder de Lenin y Stalin, y la fuerza que pueda conservar el grupo antipartido.

Yo creo, naturalmente, que la estrategia no puede ser una cosa rígida e inflexible, sino que ha de ser capaz de adaptarse a las situaciones cambiantes, y no cabe duda que la U. R. S. S., China y Cuba, en su forma actual, son realidades y sobre todo grandes mercados donde colocar los excedentes de las potencias industriales y agrícolas, más aun si uno se encuentra en dificultades para esa colocación, pero no se puede uno fiar de quien tantas veces se ha mostrado dispuesto al engaño.

En el momento actual, los Estados Unidos viven la lucha entre las últimas directrices de Kennedy, a las que ayudan la disputa ruso-china y las opiniones de los anticomunistas intransigentes, que no quieren cegarse al peligro que el comunismo encierra. La búsqueda de zonas de acuerdo y la negociación sobre puntos de interés común para ayudar a conservar una diversidad armónica en el mundo, como dijo el fallecido presidente, les pa-

rece a los últimos bailar al son de la coexistencia pacífica. También al general De Gaulle le parece demasiado acuerdo. Por eso hace falta ver claro en la siguiente interrogante: ¿Cuál sería la línea de acción soviética si esta nación se encontrara unida, fuerte y segura? Probablemente pagaría Europa, porque los chinos resultan un poco difíciles de tragar.

Todos estos problemas aún no los ha acabado de digerir Johnson, ni los digerirá hasta que sea presidente, si Dios quiere que lo sea. Entonces, y lo mismo quizá en el caso—difícil—de Scranton, se mostrarán más conservadores y menos innovadores que Kennedy, aunque no tan intransigentes como Goldwater. De un tipo parecido al de la mayoría de los electores norteamericanos en el momento actual, y entonces el camino podría ser: Supresión del avance comunista en las Américas, contención en Asia y mayores intercambios con la U. R. S. S., pero sin entregarse demasiado en Europa.

FERNANDO FRADE.